

POLONIA: REGIMEN Y PUEBLO



Giersek, nuevo secretario general del partido, y el general Moczar, miembro del Politburó: el «liberal» y el «pasadista», en pugna y en equilibrio del que saldrá el futuro de Polonia.

El régimen de Gomulka —catorce años de poder— ha caído por un violento empuje popular. Parece que en los últimos tiempos sólo los regímenes de carácter comunista son permeables a esta clase de presiones. En los países subdesarrollados, los cambios bruscos en el poder se producen generalmente por lo que se llama «revoluciones de poder»; un grupo sustituye a otro por la violencia, sin que el pueblo participe y sin que mejore su suerte. En los países de Occidente, los regímenes se sujetan firmemente al poder y resisten todos los embates; su objetivo es durar. De Gaulle cabalgó el potro desbocado de la revolución de mayo de 1968, Johnson el de los bordes de la guerra civil —universitaria, racial, antibelicista— y se mantuvieron en el poder. Cuando cayeron no fue precisamente por la acción revolucionaria, sino por la contrarrevolucionaria, por la reacción de los grupos conservadores que les habían considerado débiles, indecisos y, finalmente, culpables de la insurrección. Si esta diferencia fuese así —los datos para el análisis son tan escasos que realmente no permiten establecer una ley general, sino solamente una constatación de hechos— se debería a una diferencia puramente doctrinal del régimen. Una columna de obreros que avanza por las calles cantando la Internacional, armada con los más contundentes instrumentos de trabajo, para destruir el edificio desde el que se ejerce la autoridad, puede ser considerada fácilmente como subversiva en cualquier país de Occidente. Cuando esto sucede en un país comunista —como ha pasado en Gdansk, el antiguo Dantzig, con el incendio del local del partido obrero unificado—, el subversivo es el régimen y no puede resistirlo.

GOMULKA trató de defender urgentemente su poder con todas las reglas del manual, desde el simple insulto —«hooligans» o «gamberros»—, el intento de desnaturalización —«no pertenecen a la auténtica clase obrera»—, las acusaciones de acción fomentada desde el exterior hasta el último recurso de la desesperación: la orden de disparar contra el pueblo. Cerró así definitivamente el ciclo de su carrera política. La parábola que ha descrito Gomulka en el firmamento político es, desgraciadamente, típica. Llamado al poder como liberador, ha terminado como represor, después de una lenta degradación, de una pérdida continua de densidad política para ir derivando al esqueleto, al esquema político de un simple conservador del poder. Gomulka había sufrido persecución por el stalinismo a partir de 1948, una persecución que culminó en su detención en 1951 hasta 1954: tres años de cárcel stalinista que iba a unirse a los varios años de cárcel anticomunista que había tenido que soportar antes. En julio de 1956 hubo unos grandes disturbios en Poznań —que precedieron a los de Hungría en unos meses—, cayó el gobierno, y Gomulka, la víctima de Stalin y de los gobiernos stalinistas, fue izado al poder en el mes de octubre. Se llamó a aquel movimiento el «octubre polaco» o el «octubre dorado» —con la misma retórica política con que se hablaría después de la «primavera de Praga»—,

y Gomulka inició una serie de medidas consideradas como de liberalización: mano más ligera para la prensa, contraste de pensamiento entre los intelectuales, restauración de relaciones con la Iglesia católica, un cierto distanciamiento de la Unión Soviética: bajo el gobierno de Gomulka como primer secretario general del partido, Polonia presentó al mundo el Plan Rapacki para la seguridad en Europa (1957), que comprendía la desnuclearización, la disminución de fuerzas y la retirada de tropas extranjeras de una zona que comprendía Polonia, Checoslovaquia y las dos Alemanias. Visiblemente, este plan —que fue rechazado por Occidente—, como las otras fórmulas europeas propuestas por Polonia —hasta la vigente propuesta de «conferencia de seguridad europea»—, tenía la intención de conseguir una mayor independencia de Polonia en el bloque del Pacto de Varsovia. Los intentos de Gomulka no pasaron de ahí. Poco a poco fue retrocediendo en el camino. Poco a poco fueron surgiendo medidas represivas. La censura de prensa volvió a ser rígida, las relaciones con la Iglesia se endurecieron de nuevo. Los intelectuales serían considerados otra vez como sospechosos: en 1956, el filósofo Kolakowski fue expulsado del partido: había hablado en la Universidad del «marxismo humanista» —adelantándose a lo que luego serían las «tesis de Praga»— y veintitrés intelectuales firmaron una carta de protesta al comité central. En 1967, Gomulka reprobaba la firma de acuerdos entre Rumania y la República Federal de Alemania, y se declaraba contra la Revolución Cultural China, mientras otros países comunistas procuraban evitar tomar partido en la disputa chino-soviética. En 1968, con el aire de Praga, los estudiantes se manifestaron en Varsovia, y Gomulka les acusó de «aventuristas de la juventud dorada, al servicio de políticos fracasados de diversos calibres»: utilizó en su represión no solamente a las fuerzas públicas, sino a columnas de obreros que representaban «la reacción sana de la clase trabajadora». Entre estos represores estaban los partisanos del general Moczar.

ESTE nombre del general Moczar es probablemente la clave de la situación y de la degradación política de Gomulka. Es el constante hombre duro del régimen polaco. Ha sido ministro del Interior, jefe de las Fuerzas de Seguridad, y dirige las asociaciones de partisanos —luchadores clandestinos de la resistencia— y de los ex combatientes. El personaje está descrito: es un «pasadista». Todos los cambios políticos, todos los sistemas de apertura le parecen sospechosos, cuando no traiciones abiertas. Desde 1956 hay una lucha oscura por el poder entre Gomulka y Moczar. Podría decirse que Moczar ha sido continuamente derrotado en esa lucha si no fuese porque su fuerza, sus tesis, han trascendido de él y de su persona. Para no dejarse desbordar por





En Stettin fue apedreado e incendiado el cuartel general de la policía.
La foto inferior recoge el asalto a un comercio de la ciudad de Gdansk.

él, para no dejarse superar por la derecha, por el «pasadismo», Gomulka ha tenido que ir continuamente asumiendo sus tesis, haciéndose duro, represivo. Es la historia de su degradación. Cuando ha dado orden de disparar contra los amotinados del Báltico, no era el Gomulka del octubre dorado el que hablaba, era la contrafigura de Gomulka, el general Moczar, la que se había impersonado en el antiguo liberal. Gomulka se había convertido ya en su propio antagonista para tratar de conservar el poder. El final de esta situación clásica —tan clásica que aparece ya en la tragedia griega—, el que ha caído es Gomulka, el que se ha izado es Moczar.

El general aparece ahora en el Politburó. Algunos de sus amigos ocupan los importantes puestos que dejan vacantes los destituidos amigos de Gomulka. Los «pasadistas», con la obsesión de que el momento ideal de Polonia coincide con su juventud y con su revolución, tratan de controlar de nuevo el país. Pero no han conseguido el poder absoluto. El pleno extraordinario del partido se lo ha dado a Eduardo Gierek: un comunista tecnócrata. Gierek, minero, hijo de minero —su padre, como el del checo Dubcek, fue emigrante a los Estados Unidos y volvió con las manos vacías y la enemistad hacia el capitalismo; la familia se estableció luego en Francia, y en Francia, Gierek bajó por primera vez a las minas y se hizo militante del partido comunista francés—, es el autor del «milagro silesiano»: primer secretario del partido en Silesia, reorganizó allí las minas y la industria pesada y dio a la región una prosperidad y un nivel de vida superior al de otras zonas de Polonia. Gierek está considerado como un tecnócrata liberal. Se trata de aprovechar su experiencia y su capacidad para la reconstrucción económica del país. Ya anunciado el cambio radical de los planes económicos, la ayuda a las familias no privilegiadas, la ampliación de relaciones de mercado con todos los países —independientemente de su sistema de gobierno—; su condena de las revueltas ha sido moderada —móviles de tipo emocional— y, en resumen, parece encarnar ahora lo mismo que Go-

mulka tras los disturbios de Poznam en 1956, como si el ciclo fuese a comenzar de nuevo.

Y, en efecto, aparece de nuevo la oposición con el «antiguo régimen», con lo que representa Moczar. Desde hace ya un par de años hay una oposición Gierek-Moczar por el puesto de primer secretario. Es decir, desde que las últimas contradicciones de Gomulka y la inseguridad de su mano habían abierto discretamente el camino de la sucesión. Se decía que el envío de Gierek a Silesia había sido una maniobra para apartarle del camino del poder. Pero, finalmente, el puesto ha sido para él, no sin la ascensión —como más arriba queda dicho— de Moczar y sus partidarios a algunos puestos clave. Idealmente esto quiere decir que Gierek puede llevar adelante su política de tecnócrata liberal en un medio seguro, dominado por la mano fuerte de Moczar. Pero estas situaciones ideales no se producen nunca.

HAY otros aspectos importantes en los acontecimientos de Polonia. Uno es el de la rapidez relampagueante del conato de revolución, que ha derribado en un instante al Gomulka triunfalista que unos días antes obtenía para su país el reconocimiento de la frontera Oder-Neisse por Alemania Federal: un país dirigido con mano fuerte, policía segura, prensa dirigida y televisión estatal no ha podido ofrecer ninguna garantía contra la revuelta insospechada y repentina. Otra es la de que los sistemas comunistas necesitan una revisión —por maldita que les parezca la palabra a los ortodoxos— que les limpie de los residuos del stalinismo, que permitan que la participación del pueblo sea real y se realice por cauces constitucionales. Los tres acontecimientos mayores sucedidos en los países comunistas desde la muerte de Stalin —Hungría en 1956, Checoslovaquia en 1968 y Polonia en 1970— tienen escasa relación entre sí, y muy relativa con otros acontecimientos menores —Berlín Este, Poznam, los procesos de la URSS...—, pero todos ellos tienden a mostrar que las formas de régimen comunista necesitan una renovación profunda.